ISSN 0326-3339

FUNDACIÓN PARA EL ESTUDIO DEL PENSAMIENTO ARGENTINO E IBEROAMERICANO

BOLETÍN DE HISTORIA

FEPAI

Año 44 Nº 85 1º Semestre 2025

BOLETIN DE HISTORIA

Director: Alejandro Herrero

Año 43, Nº 85 **1º Semestre 2025**

ÍNDICE

Fernando de Estrada
Cuando la Argentina civilizò las Malvinas 3

Fernando Espiniella
El regreso de Malvinas en el Norland 12

Una democracia que no le gustaría a Hipólito Yrigoyen
Diálogo entre Monseñor Héctor Aguer y Fernando de Estrada 26

Reseñas 33

Boletín de Historia
Director*: Alejandro Herrero*

Comité Académico

Alex Ibarra (Universidad Católica Cardenal Raúl Silva Henríquez, Chile).

Luis Daniel Morán Ramos (Universidad San Ignacio de Loyola-Universidad Nacional Mayor de San Marcos, Perú).

Dante Ramaglia (Universidad Nacional de Cuyo, Argentina).

Héctor Muzzopappa (Universidad Nacional de Lanús, Argentina).

NOTA: A las Instituciones que reciben este Boletín se les sugiere el envío de noticias que pudieran corresponder a los intereses de esta área de FEPAI. Del mismo modo recibiremos libros para comentar, discusiones de tesis, designaciones de becas, etc.

Copyright by EDICIONES FEPAI- M.T. de Alvear 1640, 1º piso E, Buenos Aires (e.mail: fundacionfepai@yahoo.com.ar)- Argentina. Queda hecho el depósito de Ley 11.723. Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín, siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar

ISSN 0326-3339

En recordación del 2 de abril

Cuando la Argentina civilizó las Malvinas

Fernando de Estrada

"Murió pobre después de enriquecer a un país": este epitafio cívico lo dedicó Bartolomé Mitre, con toda justicia, a Luis Vernet, quien sin duda hubiera quedado contento al saber cómo esas pocas palabras resumirían su accidentada vida.

Mitre, en realidad, había hablado considerando sólo una de las facetas de aquel hombre extraordinario: la de inventor de un procedimiento químico que permitía conservar cueros para exportación. La "**vernetización**" multiplicó la capacidad exportadora de la Argentina, pero a su autor no le significó mucho rédito.

Sus tesoros eran otros. Sobre la barranca de San Isidro, el nombre de su quinta –"Las Malvinas"– evocaba cuáles eran ellos. También a su hija menor la llamaban Malvina, y sus nietas y bisnietas seguirían la tradición de este nombre dulce en el cual persistía sin embargo un dejo melancólico. Era el tributo al recuerdo de algo que ya no se disfrutaba pero que no se había perdido. El recuerdo de una gran aventura cerrada para él aunque abierta para su patria de adopción, igual que el primer día. Vernet, como buen argentino de antes, era rico en esperanza.

Lo que contó Pacheco

Había nacido en Hamburgo el 6 de junio de 1791. La afición por los negocios marineros le hizo recorrer el mundo hasta que a los veintiséis años recaló en Buenos Aires. No tardó en echar raíces en el Plata, y a ello contribuyó Mariquita Sáez, que sujetó con los vínculos del matrimonio al inquieto trotamundos. Aunque no del todo: en Buenos Aires, Vernet conoció a un oficial retirado del Ejército, Jorge Pacheco, que lo fascinó con un relato extraordinario acerca de una región llena de posibilidades y peligros: las Malvinas. Vernet no podía comprender entonces que esa palabra encerraba su destino.

A veces, Pacheco parecía hablar en delirio cuando describía las escenas de la vida en el Atlántico sur, donde una aldea llamada Puerto Luis, o Puerto Soledad como también se lo conocía, se había transformado en escala de balleneros y cazadores de focas y lobos marinos, mientras los dilatados espacios interiores del archipiélago se iban poblando de ganado salvaje.

Las historias de Pacheco acabaron por encender en Vernet los fervores aventureros que creía ya apagados. En los Estados Unidos Vernet había conocido algo sobre los pioneros que se lanzaban al oeste, a zonas donde la ley la imponía el que demostraba su superioridad por la fuerza o por otras condiciones más sutiles y a la larga dominantes. No siguió entonces el impulso de sumárseles porque optó por el Plata, pero aquí se le insinuaba otra aventura semejante.

“En las Malvinas no manda nadie” –le informaba Pacheco– “porque el gobierno de Buenos Aires apenas puede destacar un representante cada

tanto. Allá está todo por hacerse, y si usted quisiera los dos podemos prestarle un gran servicio al país poniéndonos a trabajar en las Malvinas".

El desafío y la hazaña

Así comenzó la empresa comercial de Pacheco y Vernet. El primer paso firme consistió en la obtención de un permiso para usufructuar los ganados alzados de las Malvinas, que el gobierno de Buenos Aires les concedió en 1823. Los negocios no prosperaron del todo a causa del ambiente anárquico vigente en las islas. En 1826 Vernet se convenció de que era necesario un gobierno de orden en las Malvinas como condición indispensable para cualquier progreso.

A su vuelta a Buenos Aires decidió asumir esa responsabilidad y sus gestiones culminaron el 10 de junio de 1829 cuando se lo designó Comandante Militar y Político de las Malvinas. En ese momento ejercía el gobierno de Buenos Aires Martín Rodríguez, de manera provisoria pues el titular Juan Lavalle se encontraba en campaña por la guerra civil entre unitarios y federales. Esa fecha es la que se recordaba cada año como "Día de las Malvinas" hasta que la reemplazó el 2 de abril.

En julio de 1830, bajo el primer gobierno de Rosas, Vernet llegó a Puerto Luis y emprendió su doble obra de colonizar la región con familias argentinas y europeas, y de amansar los ganados salvajes con el trabajo de gauchos e indios acostumbrados a las faenas rurales y llevados a ese efecto. En aquel lugar de violencia y desorden, la autoridad de Vernet logró en poco tiempo establecer una comunidad laboriosa y tranquila, con firmes perspectivas de progreso.

La soberanía argentina en el Atlántico Sur, gracias a la acción de Vernet, aseguraba también la vigencia del derecho internacional en regiones donde hasta entonces imperaba el capricho de los corsarios. Y entre los servicios que nuestra presencia nacional prestaba a la comunidad de todos los países había uno que sorprenderá a quienes piensan que la defensa de los recursos naturales es un invento contemporáneo. Los documentos oficiales referidos a la misión de Vernet insisten en la necesidad de proteger las especies de anfibios (lobos y leones marinos, focas) cuya caza indiscriminada las ponía en peligro de extinción.

Vernet había logrado ordenar los asuntos de tierra firme. Los del mar iban a ser más difíciles, porque los interesados en mantener la situación de anarquía no eran solamente unos balleneros revoltosos sino los Estados cuyos pabellones izaban sus navíos. Al año de su gestión, Vernet debió someter a dos barcos norteamericanos que operaban irregularmente dentro de su jurisdicción. Comprendió que la acción engendraría problemas internacionales y marchó a Buenos Aires para capearlos más eficazmente. No volvería a sus islas.

Fuego en los mares del sur

El proceso judicial y diplomático se extendió más allá de las previsiones de Vernet. Además, en la defensa de su causa incurrió en un error del cual quizás nunca tuvo plena conciencia: creyendo que ganaba un aliado, convenció a Woodbine Parish, el representante de Su Majestad Británica en Buenos Aires, de las ventajas estratégicas de las Malvinas. Calculaba que este presunto amigo de la Argentina entendería que también los intereses marítimos ingleses se beneficiarían más con la situación de orden creada en los mares australes por la presencia

argentina que con el sistema de corsarios patrocinado por Estados Unidos.

Parish tomó buena nota, y las conclusiones que sacó se pueden discernir en la línea posterior de acontecimientos.

El 31 de agosto de 1831, la "Lexington", de la flota norteamericana, ancló frente a Puerto Luis, el hospitalario refugio del sur. El capitán, Silas Duncan –nombre inolvidable en los anales de la felonía y la arbitrariedad- ocultó sus propósitos hasta que tuvo a bordo a los representantes de Vernet, a quienes hizo prisioneros. Luego emprendió una acción sistemática de destrucción de Puerto Luis, sin perdonar siquiera a los animales domésticos. La población logró huir tierra adentro, en condiciones lamentables. La obra de Vernet había sido deshecha en unas horas.

Lo que sigue es la crónica de un derrumbe en que se cayó por debajo de lo humano. La próspera comunidad de Puerto Luis, privada de dirigentes y de recursos, quedó a merced de sus miembros más primitivos y violentos. El comisario interino enviado desde Buenos Aires fue asesinado por la soldadesca, sometida sólo en diciembre de 1832 cuando el orden se restableció al anclar en Puerto Luis el buque de guerra argentino *"Sarandi"*, a cargo del comandante José María Pinedo.

Ya era tarde. La comunidad estaba perdida, pues sus fundamentos se habían consumido en el fuego encendido por la "Lexington". Y sobre esas ruinas que contemplaban los marinos argentinos se perfiló a los pocos días, el 2 de enero de 1833, el velamen de la fragata "Clio", de la flota británica. Onslow, su capitán, portaba instrucciones muy claras: desalojar a los argentinos.

En 1832, el representante Woodbine Parish había vuelto a Londres, tras su destino de nueve años en Buenos Aires. "Paraje desagradable y descorazonador", según sus palabras había sido para él, y su desquite consistió en convencer al Foreign Office de lo viable que sería una "operación Malvinas".

Crimen sin castigo

La irrupción de la "Clio" pudo haber quedado en un despojo violento o ilegal destinado a reemplazar la soberanía argentina por la británica. Pero la realidad era más inicua aun. El capitán Onslow limitaba sus propósitos a expulsar el pabellón argentino y dejar a las islas en el caos en que estuvieran sumidas hasta que ancló la "Sarandi". De este episodio de ocupación transitoria, pues, los ingleses no pretendían extraer ningún argumento a favor de su propia y eventual soberanía sobre las islas.

La inconsciencia de Onslow lo llevó a cosas peores. Se reunió con la peonada de los establecimientos de Vernet y les insinuó que, si éste no volvía a la brevedad para pagarles con oro los salarios pendientes, se apoderaran de los bienes de la colonia. El solapado consejo tenía que surtir efecto rápidamente, pues las calamidades llovidas sobre el archipiélago impedían la llegada de moneda metálica, reemplazada por los billetes firmados por Vernet.

Pinedo intentó un pobre remedio invistiendo –por supuesto que en forma casi clandestina– de las funciones de gobernador de las Malvinas al capataz Juan Simón, que no tomó ese honor muy en serio. A cargo del establecimiento de Vernet quedó el representante de éste, Mateo Brisbane, quien había sido llevado prisionero en pésimas condiciones a

bordo de la "Lexington" y que, una vez liberado, volvió de inmediato a su trabajo de las Malvinas.

En agosto, el plazo fijado al retorno de Vernet estaba vencido, no había llegado el oro y el trabajo con la hacienda baguala presentaba especiales dificultades. El ambiente se puso tenso. Los rumores en la colonia insistían en que el peón Antonio Rivero era cabecilla de un grupo de descontentos que también integraban José María Luna –"oriundo de la Punta de San Luis, del lado chileno de la cordillera", según sus expresiones–, Juan Brasido, y cinco indios deportados allí por crímenes comunes.

El día 26 de ese mes, Rivero y los suyos asaltaron la casa de Brisbane, a quien asesinaron; de allí pasaron al taller donde estaba Simón, al fin de cuentas representante de la soberanía argentina. Lo encontraron con tres acompañantes, y todos tuvieron el mismo destino de Brisbane. Ultrajaron los cadáveres y se dedicaron enseguida al saqueo de lo que quedaba de Puerto Luis. La desdichada población huyó como pudo a un islote inhóspito, donde permaneció hasta la aparición de un barco ballenero. Los amotinados huyeron al interior, y el capitán ballenero dio cuenta de lo sucedido a un buque británico que encontró en alta mar.

La tragedia del 26 de agosto dio lugar a que Inglaterra iniciara la administración de las islas Malvinas. El 7 de enero de 1834 llegó el navío "Challenger" del cual desembarcó el teniente Henry Smith, primera autoridad británica en el archipiélago (si se exceptúa la breve presencia en el siglo XVIII, que concluyó con el reconocimiento en 1770 de la soberanía española de la cual es heredero el Estado argentino). La preocupación inicial de Smith era apresar a los autores de la matanza. No debió pasar por muchas angustias para lograrlo, pues el "chileno" Luna

abandonó a sus compañeros y se ofreció a perseguirlos a cambio del perdón de sus crímenes.

Días después, Brasido insinuó la posibilidad de entregarse y los otros miembros de la banda le dieron la misma muerte que a sus víctimas de Puerto Luis. Uno de los indios cayó prisionero. La situación de Rivero se tornaba crítica.

El diario del teniente Smith registra el viernes 7 de marzo de 1834 lo que sería el final de la "resistencia": Rivero entregaba ese día, traicionándolos, a sus últimos cuatro cómplices, y el 18 de marzo, consumada ya su parte en el trato, comparecía ante el teniente inglés.

Los despacharon a Inglaterra para ser juzgados, pero allí los tribunales dictaminaron que los asesinatos de Puerto Luis habían ocurrido antes de que las Malvinas se encontraran sujetas a las leyes inglesas, formulando de tal manera un reconocimiento implícito de la soberanía argentina. Correspondía juzgar por las leyes argentinas, pues, pero ello hubiera sido una confesión demasiado abierta de que se había ocupado territorio ajeno.

Los ingleses optaron por hacer justicia a lo Pilato. Los procesados se vieron embarcados en un buque que los llevó a Montevideo y los dejó en el muelle sin trámite legal de ninguna especie. El caso estaba cerrado para el Imperio Británico. En definitiva, las víctimas de Puerto Luis eran vestigios de lo que las Malvinas llegaron a ser bajo la soberanía argentina, y los nuevos amos no se sentían obligados a hacer justicia por ellos.

Vernet había permanecido en Carmen de Patagones –entonces el punto de territorio argentino poblado más próximo a las Malvinas-, donde

estrechó amistad con Fernando Alfaro, quien sería primer juez de paz (título equivalente a intendente) del nuevo municipio de San Isidro. En 1846, después de una residencia en Río de Janeiro, Vernet se dejó convencer por Alfaro y decidió asentarse para siempre en San Isidro, en la quinta asomada al río llamada entonces ”Las Acacias”, por la que pagó tres mil pesos y rebautizó con el nombre de sus querencias.

El mayor de sus hijos, Luis Emilio, fue varias veces juez de paz de San Isidro y testigo de que el viejo aventurero de Hamburgo había clavado definitivamente anclas en otras Malvinas, sobre las barrancas del Pago de la Costa.

El regreso de Malvinas en el Norland

Fernando Espiniella

Estamos cerca de la fecha de conmemorar El Día del Veterano de Guerra y de los Caídos en el Atlántico Sur y vuelven a pasar por mi mente recuerdos y anécdotas de la guerra, muchos de los cuales ya he escrito en este medio o en mi libro *Tras el manto de neblina*. Sin embargo hay sucesos que no he relatado o a los que no me he referido con mayor dedicación y por lo tanto aprovecho estos momentos para comunicarlos.

En esta nota describiré lo que me ha ocurrido en mi viaje de regreso al continente en un viaje costeado por el Reino Unido de Gran Bretaña.

La guerra terminó el 14 de junio al mediodía y por imperio de las circunstancias (heridos y operaciones) los británicos nos permitieron trabajar hasta terminar nuestra labor médica. Así ocurrió el 15 a eso de las 7 de la mañana y al informar la conclusión del mismo informamos a los británicos de tal novedad y aprovechando que en la rada del puerto se encontraba el buque hospital argentino "Almirante Irízar" se inició la evacuación al mismo de nuestros heridos. Por medio del helicóptero de esa nave se trasladaban desde el helipuerto que habíamos construido a 100 metros del mismo y el vuelo se hacía hasta el barco hospital ubicado a unos300 metros; el tiempo de evacuación terminó cerca de las 2 de la tarde.

Al finalizar el oficial a británico a cargo me dice “Son Uds. nuestros prisioneros. Diríjanse al aeropuerto”. Nos permitieron llevar la ambulancia. Pasaron muchas cosas en el campo de prisioneros que tal vez

en otra oportunidad relataré. Mis prioridades son dos escritos, éste y otro que considero vulnerable a la sensibilidad de muchos e indiferente a otros.

A los pocos días de estar como prisioneros de guerra (en total entre 4.500 y 5.000) en el aeropuerto de Malvinas al aire libre y al caer la tarde comenzaba a nevar, el agua y los alimentos comenzaban a escasear. No había animales terrestres (incluidas las ratas) como para usar como comida. Pescar ni pensarlo; no teníamos elementos y entrar al agua fría del mar era una segura muerte instantánea por paro cardio-respiratorio. Sólo quedaban las aves malvinenses y crear tramperas en gran número para cazarlas y que sirvieran de alimento a tanta gente.

En una de esas noches, sin decirle nada a nadie, Roberto Stvrtecky, Alberto Fernández y un soldado del EA pusieron en marcha el camión aguatero y se fueron al poblado. Fueron parados en la ruta por una patrulla y el "Ruso" (Stvrtecky) les explicó que iban a hablar con el representante de la Cruz Roja Internacional (CICR) ante una probable epidemia por falta de agua potable y alimentos. Pasaron y llegaron a la Gobernación y pidieron entrevistarse con el agente de la CICR. Lo lograron y allí el "Ruso" le explicó la grave situación que se estaba planteando por falta de alimentos y agua entre los prisioneros de guerra. El delegado de la Cruz Roja se quedó pensando y luego los despidió. Emprendieron la vuelta al aeropuerto. Al llegar les pregunté dónde se habían metido y Stvrtecky me explicó la excursión a la Gobernación. "Menos mal que no les dispararon" acerté a decir.

A mí me quedaba una barrita de chocolate y dos galletitas de agua y al resto más o menos lo mismo.

Lo cierto, casualidad o no, que a las 36 horas, es decir el día 19, comenzó la evacuación de los prisioneros presuntamente al continente.

A la mañana despedí a la mayor cantidad de gente de sanidad (25 entre médicos, bioquímico, enfermeros y camilleros) que partieron en el Bahía Paraíso junto a más de 2.500 prisioneros.

Cuando nos llegó la orden de partida por la noche al último grupo que quedaba en el aeropuerto, los integrantes de la Sanidad de la FAA éramos sólo cuatro, tres médicos y un odontólogo. El odontólogo Roberto Stvrtecky, gran amigo, quiso quedarse sí o sí conmigo hasta ver qué final nos deparaba el destino. Emocionado lo abracé como lo requería el momento. Finalmente el Jefe del Aeropuerto lo llevó con su grupo de adelante porque Roberto hablaba muy bien el inglés.

Los otros dos médicos y yo fuimos los últimos en salir del aeropuerto donde los últimos días nos habían concentrado a todos los prisioneros de guerra de Puerto Argentino y sus alrededores. "¡ El último que apague la luz !" No se dio porque no quedaba ninguna luz que funcionara. La oscuridad pasada la medianoche era tan densa que ni las ánimas se atrevían a deambular por sus inmediaciones.

Conduciendo la ambulancia a muy baja velocidad levantamos a algunos efectivos que caminaban por la ruta hasta que su capacidad se colmó. A unos pocos kilómetros una patrulla británica nos detiene y revisan toda la ambulancia sacando botiquín, mantas, así como también todos nuestros efectos personales que llevábamos en la bolsa de campaña (bolsa de dormir, ropa interior, pulóveres, medias y efectos de aseo) que fueron tirados a una hoguera que habían hecho; sólo nos quedaron la ropa puesta,

los documentos y la plata argentina que algunos teníamos. En la ambulancia quedaron únicamente las camillas.

Llegamos al puerto donde la soledad era total. Dejamos la ambulancia con las llaves puestas. A unos cien metros vimos a cuatro soldados ingleses y les pregunto en inglés, por supuesto: "¿ Dónde estaba el barco que nos llevaría a Buenos Aires?". Esperaba alguna reacción violenta de parte de ellos, pero me señalaron un barco anclado en el muelle a unos cien metros. A medida que nos acercábamos las luces del mismo eran más intensas y había una fila de efectivos argentinos que lentamente subían por una escala para abordar el barco. Se trataba del "Norland" requisado por la Royal Navy. Era un ferry de carga y descarga puesto en servicio en 1976 que operaba entre Yorkshire (Reino Unido de Gran Bretaña) y Rotterdam (Países Bajos) o Zeebrugge (Bélgica); trasladó hacia Malvinas a Comandos y tropas del Paracaidistas II británicos. Había hecho una primera evacuación de 933 prisioneros argentinos hacia Montevideo que llegaron el 12 de junio; provenían de Goose-Green y Darwin. El "Norland" fue desguazado en la India en el 2010.

Nos pusimos junto a los últimos y lentamente se iba ascendiendo por una plataforma hasta llegar a su interior.

Mientras el viento frío de Malvinas nos castigaba sin piedad fuimos avanzando despacio y cerca de una hora después entramos al barco a una bodega donde nos recibió el ambiente agradable de la calefacción. Me dije interiormente ("Ha terminado mi función de médico de guerra", craso error; el destino me preparaba otra cosa). La bodega estaba llena de efectivos argentinos que debían desnudarse totalmente para la revisión por los británicos y bajo la vigilancia de otros con sus fusiles ametralladoras; debían entregar los cinturones y los cordones de sus borceguíes y es así

que algunos debían sostener con sus manos sus pantalones para que no se les cayeran. Un soldado británico nos dio la orden de desvestirnos; me saqué los guantes, el birrete y cuando me estaba desabrochando la garibaldina se me acerca rápidamente un oficial inglés que me toma el brazo izquierdo donde llevaba el brazalete de la Cruz Roja y me pregunta (por supuesto en inglés) si yo era médico; le respondí que sí y que pertenecía a la FAA. Me aparta del grupo y me ubica contra la pared del barco señalándome que no me quitara la ropa y que lo esperara unos minutos que ya volvería. Le indiqué que me acompañaban otros dos médicos; hizo un gesto negativo y se fue; mis camaradas tuvieron que desvestirse. Intrigado me quedé apoyado contra la pared mirando el "*strip-tease*" del resto de los efectivos y pensando que querrían de mí. Ya mi reloj indicaba que era la 1 de la mañana.

Unos diez minutos después regresa el oficial acompañado por el capitán del barco y el médico de a bordo. Me preguntan los mismo de antes y me refieren que como ellos no hablan español, yo debería hacerme cargo de los heridos y enfermos argentinos. Me señalaron que en el viaje anterior a Montevideo con prisioneros de guerra y algunos heridos requirieron un médico y les dijeron que no había. Tuvieron que soportar quejidos y gritos de los heridos argentinos durante los casi 5 días de la travesía hasta Montevideo. Sabiendo de quienes se trataba me di cuenta que había médicos argentinos, por lo menos tres, que no quisieron prestar asistencia médica a sus compatriotas. Hoy recién lo señalo y con mucha vergüenza de tener colegas así que no cumplieron con el juramento hipocrático ante otros seres humanos. Los prisioneros en aquella oportunidad eran de menor cuantía que los actuales (933).

Me encerrarían en un camarote junto a los otros dos médicos que me acompañaban y me sacarían a las 10 y 16 horas para ver a los efectivos que

requerían control médico. Tendría una hora para la recorrida y si necesitaba algo los guardias que me custodiaban me llevarían ante el médico británico.

Terminada la conversación un suboficial armado y cuatro guardias con ametralladoras, nos conducen al camarote; tenía cuatro cuchetas a las que les habían retirado los colchones, almohadas y ropa de cama. Las ventanillas estaban pintadas de negro. Cansado como estaba me tiré en una de ellas (eran de lata) y los otros hicieron lo mismo. No había agua. El resto de los prisioneros estaban algunos en camarotes y el grueso de ellos en la bodega.

A eso de las 3 entra un delegado de la Cruz Roja Internacional, a quien ya había visto en el Hospital Militar Conjunto. Me preguntó cómo nos trataban. Aproveché el momento si podía averiguar dónde estaba mi amigo Stvrtecky. Vuelve a las 5 con soldados que nos traían agua en un balde y solamente podíamos tomar un cucharón. El delegado me informa que mi amigo junto a otros oficiales habían sido desviados a San Carlos en helicópteros desde el puerto.

Con mis llaves raspo una ventanilla y el barco Norland se estaba moviendo, algo que no se notaba.

A las 8 nos traen un desayuno, un sachet de leche y dos huevos duros que vomité en el inodoro diez minutos después; algo estaba en mal estado.

A las 10 llegan los guardias armados y me llevan a la bodega donde había una importante cantidad de efectivos, todos del EA (había médicos que entraron al barco antes que nosotros). Provenían de la Gran Malvina (Bahía Fox y Puerto Howard). En un rincón habían puesto a los heridos y

enfermos. Los primeros tenían heridas superficiales, algunas con puntos, tratadas por los británicos; ninguna sangraba ni tenían signos de infección de modo que quedarían así hasta llegar al continente. Los enfermos tenían resfríos, catarro bronquial sin temperatura y unos pocos con diarrea leve.

Al costado de ellos habían separado a un grupo que me conmocionó, afectados de "pie de trinchera". Conté 78 pacientes. Era un estado muy avanzado de la afección con gangrena (afortunadamente "seca", es decir sin infección) y cuyo tratamiento definitivo era la amputación a distintos niveles. Les hice levantar el pantalón los más posible por arriba de las rodillas. Me dediqué a sacarles lentamente los borceguíes (me acordaba cuando en los primeros días de mayo una noche entre los heridos después del bombardeo de las nocheras trajeron un soldado del BIM 5 que se quejaba de intenso dolor en el tobillo derecho; no tenía lesión externa y cuando le saco el calzado había una fractura expuesta del tobillo por acción de la onda explosiva del proyectil naval y sangraba la arteria tibial. El pie estaba entero dentro del borceguí. Le hicimos el taponaje rápido para que no perdiera más sangre y fue directo a quirófano. El pie por la onda expansiva de la explosión de un proyectil de artillería naval, había estallado en varios pedazos y el calzado lo mantenía unido de modo que lo único que se pudo hacer fue completar la amputación del tobillo). Luego les saqué lentamente las medias y ahí vi todo tipo de lesión por el pie de trinchera: unos tenían los dedos del pie negros como el carbón, otros tenían afectado el pie o parte del mismo, a otros la lesión negra les llegaba al tobillo y en unos pocos ascendía por la pierna y en dos o tres llegaba a la rodilla. Tres de ellos tenían lesiones en ambos pies. Generalmente tenían insensibilidad en los miembros y unos pocos algo de dolor. Si bien ya había visto esta afección en nuestro hospital de campaña, nunca un número tan grande.

Las preguntas eran variadas y sobre todo querían saber el futuro. Les respondí que ya estábamos camino a casa, que tendrían mejor asistencia en los hospitales continentales, cámara de oxígeno hiperbárica para el tratamiento de esta afección, otros medicamentos y que estarían con sus familias y otras cosas que no me acuerdo. Les prometí que les traería analgésicos y así lo hice. Fui a ver al médico inglés (siempre rodeado de ametralladoras) y le requerí fármacos; me dio comprimidos de paracetamol y de carbón, no muchos porque debía tener para los suyos. Volví con los pacientes y repartí entre los que tenían diarrea y dolor reiterando las cosas que les había dicho antes. "A la tarde vuelvo muchachos". Antes de ir al camarote me llevaron a cubierta donde había otros prisioneros para tomar sol y aire. El Océano Atlántico interminable y sus aguas azules despejaron un poco mi mente junto a un viento frío que me partía la cara. Una media hora después otra vez preso en el camarote.

Me sentía acongojado y tenía una profunda pena por estos compatriotas. Ver sus partes lesionadas de color carbón que tanto me estremeció; nunca volverían a ser los de antes. Me tiré en la cucheta y les conté a mis camaradas lo que había visto con cierta angustia en mis palabras. Me quedé mirando el techo del camarote y después de un largo rato me dormí. Rato después me despierto, eran las dos de la tarde. Me lavé un poco el cuerpo y la cara con agua sola; no teníamos jabón ni toalla. No había ducha. La calefacción ayudó a secarme. Olí mis ropas y creo que era igual al de un vagabundo que es enemigo del agua y jabón.

A las 4 de la tarde en punto me vuelven a buscar los guardias y sus ametralladoras para llevarme a la bodega a ver nuestros enfermos y heridos. En general estaban todos bien y me dediqué a quienes tenían el "pie de trinchera" que estaban sin dolor y algo más animados que a la mañana; creo que mis palabras sobre la cercanía del continente y de sus

familias fueron el mejor fármaco que les podría haber administrado. Nuevas preguntas sobre su futuro y nuevos inventos de mi parte. Nunca dije tantas mentiras juntas, ni siquiera en broma.

A las cinco menos cinco un grito paraliza a todos en la bodega: "¡Alto doctor! ... Suspenda todo y venga con nosotros!" (el capitán, el médico y los guardias). Me encaminé hacia esa comitiva. Anduvimos por distintos pasillos y para mis adentros pensaba ("...estos piratas me van a tirar al mar por la borda y abajo me esperan los tiburones..."). Llegamos a una cabina que era la del capitán quien me abre la puerta y me hace pasar... "Doctor usted es nuestro invitado... Es la hora del té..." ("*The five o´clock tea*")". Tenía razón eran las 5 en punto y ante mí había una mesa con un gran mantel blanco bordado, masas, factura inglesa, galletitas de todo tipo y un juego de té (no sé si de plata o de acero inoxidable). Me invitan a sentar y yo no podía creer estar delante de semejante comida después de tantos días de comer pan duro, algún chocolate, mate cocido y otras cosas por el estilo (cuando había). Era tal el hambre que tenía que quería comerme todo con las dos manos. Pero mi orgullo y mi prudencia me contuvieron. Me sirvieron primero el té ... "con crema"... "no, gracias...". Le agregué un poquito de limón y azúcar y esperé a que me ofrecieran un plato con factura y allí sí lentamente y sin pausa mi masticación era permanente. Yo también ofrecía distintos platos para compartir ¡mi hambre ! y luego de los primeros bocados el capitán rompió el silencio ...a qué arma pertenecía, cuantos años llevaba incorporado, la familia, etc...etc... Ya sabía del principio que yo era integrante de la FAA y en tono bajo me dijo que nuestra fuerza era el enemigo contra quien habían combatido y que cada vez que atacaban nuestros aviones a la flota británica, habían llegado a tener miedo. Consideraba a nuestros aviadores muy profesionales y valerosos. Le expliqué que prácticamente no teníamos misiles, salvo los cinco Exocet y por eso nuestros aviones llegaban a los barcos para

descargar sus bombas como en la Segunda Guerra Mundial. Me preguntaron si conocía Londres y les dije que había estado allí en 1972 durante cinco días. Pasados cuarenta y cinco minutos dieron por finalizada la reunión, abre la puerta y allí estaban esperándome los guardias que me condujeron a mi camarote de preso.

Les conté a mis colegas lo que había pasado, lamentando no poder haber llevado nada, pues el enemigo me controlaba y la borda del barco estaba muy cerca y no me gusta visitar a los tiburones en el mar, no son muy amigables con los desconocidos.

Nos quedamos hablando de nuestras cosas y de lo que habíamos hecho en las Islas Malvinas. No les conté absolutamente nada de la presencia de médicos en el viaje anterior ni en éste; secreto de guerra que recién revelo.

El sueño nos fue venciendo y a eso de las once de la noche nos dormimos. Me desperté cerca de las seis de la mañana, lo mismo que mis acompañantes. Nos lavamos la cara, se abre la puerta del camarote y un guardia nos pone en la pileta una "*gillette*" y un pan de jabón de tocador. Usamos el jabón como crema de afeitar.

Raspo un poco más la ventanilla del barco y veo adelante el continente. Otro mira y ve al costado una nave de guerra argentina "que nos custodiaba". Una media hora después atracamos en un puerto desconocido que resultó ser Puerto Madryn.

Rato después los guardias nos llevan a cubierta. Me apoyo y veo uniformes del EA y tres de la FAA, varias ambulancias y vehículos de traslado en la plataforma. Primero descienden en camilla a los afectados de "pie de trinchera" que son ubicados en las ambulancias, luego los

heridos y el resto del personal de bodega. Éramos 2047 prisioneros (sólo 9 de la FAA y el resto del EA), según el acta de entrega que los británicos hacían a las autoridades argentinas bajo la supervisión de delegados del Comité Internacional de la Cruz Roja.

Cuando me dispongo a bajar se me acercan el capitán y el médico del "Norland" quienes me saludan con un fuerte apretón de manos agradeciéndome el trabajo realizado y que en este viaje habían podido descansar; sorprendido retribuyo el saludo, les dije que cumplí con mi deber de médico y me despido con un " ¡*Good luck*! ".

Pongo los pies en tierra y ahí me convencí que recién había terminado mi misión como médico de guerra y con el orgullo de haber hecho el trabajo médico junto a todo el personal de la FAA y el EA que desarrollamos con nuestros heridos y enfermos.

En general la actuación de los médicos y demás personal de Sanidad no ha sido reconocido casi nunca en los combates y guerras que se han desarrollado en la historia de la Humanidad; en los libros y escritos de la guerra ni una palabra sobre nosotros. Queda como si nunca hubieran participado de las acciones bélicas y un manto de olvido oculta las importantes funciones que han tenido, nada más y nada menos que "SALVAR LA VIDA" de compatriotas y aún la de los adversarios, arriesgando la propia, pues así nos ha formado el estudio de la Medicina que a su final, cuando nos entregan el diploma, realizamos el Juramento Hipocrático que nos enseña a no distinguir diferencia alguna entre los seres humanos.

Los hombres de la Sanidad participan de las acciones en el mismo frente de guerra y en los Puestos de Socorro dentro o cercanos a la línea de

combate y pueden ser heridos o muertos por la misma metralla que atacan a los combatientes. También como ellos tenemos familia que sufren por nuestro presente y futuro en la guerra. Hay gente que no lo entiende, no lo quiere entender o no lo sabe.

Cuando los británicos ocuparon nuestro hospital de campaña (el HMC), un oficial de ellos me contaba que el 8 de junio cuando las tropas del RUGB desembarcaban en Fitz Roy fueron atacados por aviones argentinos que les produjeron muchas bajas, entre ellos cuatro médicos ("El Día más Negro de la Flota Inglesa").

El CICR (Comité Internacional de la Cruz Roja) y la Convención de Ginebra nos prohíben a los médicos militares estar armados, aun en la guerra; sin embargo en Malvinas teníamos la convicción de que si estábamos amenazados por la lucha de nuestras vidas, no habríamos de titubear en tomar un FAL (fusil automático liviano) o una pistola 9 mm. y abrir fuego contra nuestros enemigos para defendernos y si nos tendría que tocar dejar esta vida sería conveniente que uno o más adversarios nos acompañaran. Respetamos las reglas del CICR, la Convención de Ginebra... pero no somos insensatos.

Luego el herido asistido en ese primer auxilio para frenar hemorragias, realizar la reanimación cardio-respiratoria, entablillar fracturas o luxaciones, calmar el dolor es, si las circunstancias lo permiten, evacuarlo al hospital de campaña que en general está a pocos kilómetros donde se realizan las operaciones y tratamientos necesarios y su posterior derivación al hospital de tratamiento definitivo, ubicado en zona segura, a muchos kilómetros donde se completa la asistencia total.

Si bien terminado el Conflicto Bélico del Atlántico Sur, el Brigadier Luis F. Castellano (excelente jefe) en la primera reunión de los VGM mostró su complacencia y gratitud por la labor desarrollada por la Sanidad de la FAA en Malvinas, me sorprendí cuando esa complacencia estaba escrita en libros referidos a la guerra en las islas varios años después:

> "La labor de los hombres de la Sanidad fue encomiable, bajo el mando de los doctores Fernando Espiniella y Roberto Stvrtecky, quienes integrados al hospital de campaña que funcionaba en Puerto Argentino (Hospital Militar Conjunto) pusieron de manifiesto su capacidad profesional, espíritu de entrega y sacrificio, trabajando día y noche y particularmente con su calidad humana coadyuvando a salvar vidas y mitigar el dolor de los heridos, sin distinción de armas ni jerarquías.
> ¡Hipócrates debe estar orgulloso de ellos!"
> (*Probado en combate*, Pío Matassi; Ed. Halcón Cielo, 1996 - *Malvinas, otras historias* Rubén O. Palazzi; Ed. Claridad, 2006).

Por su parte el entonces Jefe del Aeropuerto Malvinas, Comodoro Héctor L. Destri también expresó:

> "Un servicio de Sanidad en el aeropuerto con 9 efectivos permanentes bajo la dirección del Mayor Médico Fernando Espiniella que tuvo un excelente desempeño ".
> ("*Malvinas, otras historias*" Rubén O. Palazzi, Ed. Claridad, 2006).

Por supuesto que estas palabras de gratitud las comparto orgullosamente con todos los médicos, odontólogo, bioquímico, enfermeros y camilleros que integraron mi grupo sanitario durante la guerra de Malvinas. Juntos hicimos el intenso, sacrificado y honorable

trabajo de "**salvar la vida**" en difíciles condiciones, como sucede en todas las guerras cuando las armas hablan su único idioma de fuego que trae aparejada muerte y destrucción.

Hoy a 43 años de la guerra sigo orgulloso de nuestro trabajo pero no olvido los muertos y los lisiados que las acciones bélicas dejaron en ellos y en sus familias.

Comodoro-Médico VG *Fernando Espiniella*
Ex-Jefe de a Sanidad de la FAA en la Guerra de Malvinas.

En vísperas de una nueva reforma a la Constitución de la Provincia de Santa Fe

Una democracia que no le gustaría a Hipólito Yrigoyen

Diálogo entre Monseñor Héctor Aguer y Fernando de Estrada
en su programa radial "Los Dos Reinos"
Marzo 2004

Fernando de Estrada: Una máxima conocida –aunque bastante olvidada- enseña que la democracia es el sistema de gobierno más difícil porque exige una práctica intensa de las virtudes entre los ciudadanos y a la vez requiere también de una fundamentación muy firme en valores trascendentes. La democracia no se justifica por sí misma, sino por su eventual aptitud para lograr la realización plena del hombre.

Monseñor Héctor Aguer: Lo que usted dice es esencial, porque si se trata de un régimen eminentemente participativo, requiere una calidad de vida cívica excepcional en la sociedad, y en cuanto a los fundamentos, el Papa Juan Pablo II ha señalado que una democracia sin valores frecuentemente deriva en un totalitarismo abierto o encubierto.

Estrada: -Tanto Usted, Monseñor, como la autorizadísima referencia de Juan Pablo II que acaba de citar, me animan a establecer una relación de lo que ha dicho con el aquí y ahora, porque parecería que en nuestro medio se puede invocar a la democracia para justificar cualquier desaguisado ideológico y hasta institucional.

Mons. Aguer: -En efecto, se han dicho también tantas vacuidades con respecto a los años de continuidad de gobierno democrático de nuestro país que a la democracia a veces la han dibujado con rasgos que tienen muy poco que ver con la realidad actual.

Estrada: -Y que además tienen poco que ver con la realidad histórica argentina. A ese respecto me gustaría hacer conocer aquí -y digo hacer conocer porque lo más posible es que nuestros oyentes nunca hayan tenido la oportunidad de haberlo leído- los párrafos de un libro que se titula "Yrigoyen – La Conspiración Civil y militar del 4 de febrero de 1905" cuyo autor es Ricardo Caballero , libro agotadísimo que fue publicado en 1952 y que no se reeditó. Por eso digo que es difícil haberlo leído.

Voy a hacer una presentación de quien era Ricardo Caballero. Como estudiante de medicina que vivía entonces en Buenos Aires, Caballero intervino en la revolución de 1893; luego se alejó de la política, fue a vivir a Santa Fe y a principios de 1903 recibió una invitación de Hipólito Yrigoyen para participar en la reorganización de la Unión Cívica Radical. Resulta que Ricardo Caballero se convirtió en hombre de la más estrecha confianza de Hipólito Yrigoyen, quien lo hizo depositario de muchas confidencias de orden político que aparecen en este libro. Quiero destacar que Ricardo Caballero no era un servil de Yrigoyen, tanto que en más de una oportunidad se alejó políticamente de él sin que quedara lesionada la amistad personal, de modo que sus testimonios gozan de una autoridad muy particular.

En una página de este interesante libro que expresa el pensamiento de Hipólito Yrigoyen, dice Ricardo Caballero:

"El doctor Yrigoyen era un católico de profunda e ilustrada fe. Creía que la Iglesia Romana es la depositaria de divinas verdades reveladas; que habiéndose constituido la Nación Argentina sobre la base de una sociedad católica, él, como Presidente de la República, aunque respetara el ejercicio de otros cultos, no podía ser indiferente a la suerte de la Iglesia ni de su credo y que le debía protección para extender su influencia espiritual en el país. El recuerdo de las ideas religiosas del doctor Yrigoyen demuestra la razón que lo indujo a la creación de los seis nuevos Obispados, medida muy criticada en su tiempo por personas de su propia comunidad política; así como la carta dirigida al gobernador de Santa Fe, doctor Mosca, en la que por intermedio del Ministro del Interior le indicaba que vetaría la Constitución provincial sancionada por una Convención extralimitada en su mandato, dentro de la que maniobraba un grupo de ateos radicales y demócratas progresistas que había eliminado del texto constitucional la invocación a Dios como fuente de toda razón y justicia; frase profunda que consignan las constituciones verdaderamente democráticas del mundo, reconociendo la imposibilidad de constituir sociedades puramente laicas y acatando la supremacía de la divinidad sobre las obras del hombre.

"Por supuesto que bajo un gobierno como el del doctor Yrigoyen, de tan definidas líneas éticas, no se le hubiera ocurrido a ningún representante de la *subciencia* corriente difundir la pornografía freudiana en las escuelas, como ha ocurrido en estos tiempos pérfidos, sin recibir el latigazo de una destitución fundada".

¿Qué le parece, Monseñor?

Mons. Aguer: Me parece actualísimo y de una perspicacia extraordinaria, porque, finalmente, éste es el problema de la democracia de hoy, si ésta va a promover una auténtica cultura cívica en la sociedad y si va a apoyarse en aquellos fundamentos trascendentes que van a darle pleno sentido.

Estrada: Yo insisto con el valor histórico que tiene esta declaración, porque quienes hablan de democracia o del sentido del sufragio universal rinden, todos ellos, homenaje a Hipólito Yrigoyen, quien fue el gran motor de esas instituciones. ¿Por qué, entonces, no van a tomar en cuenta esta visión que tenía Yrigoyen de las metas del Estado y de la subordinación de la democracia a valores que la justifiquen?

Mons. Aguer: Eso es porque se ha ido imponiendo, en vez de la corriente política que Yrigoyen ilustró tan extraordinariamente, un laicismo elemental que desgraciadamente revive hoy con nuevos argumentos. Es deplorable ver como cada tanto surgen estos ataques contra las raíces espirituales de la Nación que Yrigoyen comprendió bien.

Estrada: Mire lo que dice en otra página Ricardo Caballero:

> "La Unión Cívica Radical de Santa Fe, entre otras caracterizaciones, declarábase antiliberal en religión y en lo político oponía al liberalismo individualista, indiferente ante la fatalidad económica que condena a la miseria o a la inquietud al individuo, la doctrina científica y más humana de la solidaridad social. En su nombre combatimos las pretensiones de los partidos internacionales, como el comunismo y el socialismo marxista y el ateísmo de la democracia laica. Al buscar su origen en la entraña misma de la historia argentina, la Unión Cívica Radical de Santa

> Fe, junto con las ideas sociales y políticas proclamadas, llevaba a las luchas militantes siempre interesadas y frías un elemento emocional que abarcaba desde su origen el luminoso pasado de la Nación".

Y algo más adelante hace una exhortación a los radicales de la época en que escribía este libro en el sentido de que tienen que volver a las raíces del radicalismo porque eso es lo que les permitirá recuperar la confianza del pueblo argentino. "El gran error de la Unión Cívica Radical es el ocultamiento de su origen", dice textualmente.

Mons. Aguer: Es una ilustración referida a una corriente política particular de algo mucho más general que tiene que ver con la necesidad de una filosofía política auténtica para el día de hoy.

Estrada: No lo digo por ninguna razón partidista ni antipartidista, sino porque tiene valor para toda la ciudadanía argentina. Es un antecedente importantísimo para tener en cuenta. Entre otras razones, porque aquella democracia de estilo yrigoyenista, con sus tropiezos, funcionó, y hoy tenemos que decir que estos años de la llamada democracia restaurada están por desgracia exhibiendo una cantidad de llagas en la vida nacional que posiblemente no tengan nada que ver con la democracia pero que la enturbian en lo que se supone debería ser su majestad pública.

Mons. Aguer: Así es, y entonces uno encuentra, por ejemplo, que el mecanismo formal de la democracia que es el ejercicio del voto, se encuentra como patinando en el vacío porque nuestro pueblo no ha mejorado sustancialmente en estos años y ha encontrado cada vez motivos más graves de preocupación en los temas que tienen que ver con

la economía, el progreso social efectivo y concreto, con el ejercicio auténtico de derechos humanos inalienables.

Estrada: Llama la atención también cómo en este libro Caballero se ocupa de la cuestión social exhortando a una participación ordenada, institucionalizada de distintos sectores de la sociedad, una especie de representación de intereses concretos metido en el sistema democrático. Invoca para ello antecedentes históricos poco conocidos. Por ejemplo, a los gobernadores de Córdoba Juan Bautista Bustos y Manuel López, de mediados del siglo XIX, que según explica fueron reformadores agrarios, hasta revolucionarios sociales si se quiere, porque desde el gobierno repartieron tierras y recursos de siembra, animales para pastoreo, entre otros beneficiarios a los soldados veteranos de la independencia. En esta tarea desempeñó un papel muy importante el ministro Mariano Fragueiro, años más tarde secretario de la Convención Constituyente de 1853 y autor de propuestas de política económica nada complacientes con el *laissez faire* dominante en su época.

Mons. Aguer: Estoy hojeando el ejemplar del libro de Ricardo Caballero que ha traído Usted y acabo de encontrar un párrafo de Hipólito Yrigoyen que no quiero dejar de citar. Dice así:

> "De hombres y sociedades sobrias y virtuosas se hacen pueblos libres y focos de civilización; pero de hombres y de sociedades a quienes dominan el libertinaje y el desenfreno de bienes materiales no se harán sino conglomerados expuestos a todas las contingencias y descomposición. Los estados que se corrompen, se purifican únicamente recurriendo a los principios que los hicieron originariamente grandes".

Es evidente cómo todo esto invita a una cierta revisión de la historia oficial, responsable de ocultar esta corriente auténticamente nacional que tiene un valor permanente para reproponer un modelo de sociedad. Es una cantera de verdades para que la Argentina se revitalice y para que nuestra democracia sea auténticamente real y no un mero ejercicio de formas huecas.

RESEÑAS

Celia Codeseira del Castillo, *Las mujeres en la primera colonia galesa del Chubut. Desde la sumisión al reconocimiento social (1880-1965)*, Buenos Aires, Prohistoria, 2022, 279 pp.

Estamos en presencia de una obra histórica inusual, que aúna tres áreas específicas: la historia de mujeres, la de minorías y la local. Además del trabajo historiográfico, prácticamente exhaustivo, la autora ha realizado numerosas entrevistas a mujeres que viven allí y que recuerdan circunstancias personales o las han conocido por relatos de protagonistas. A lo largo de sus cinco capítulos, desfila la historia casi como el guión de una película.

En el primero se narran las azarosas etapas del traslado de Gales a la Patagonia, sufrido por un grupo de Gales que, a mediados del siglo XIX y ante los cambios políticos del País de Gales y para salvar su cultura, su lengua y sus tradiciones, decidieron emigrar. Luego de llegar a Argentina y deambular un poco sin rumbo físico ni social, encontraron allí un lugar apropiado para establecerse definitivamente. En el segundo, ya enfocando en las mujeres, se expone la vida y tarea de ellas en el espacio doméstico, señalando cómo custodiaron las costumbres galesas, poniendo énfasis en las tradiciones culinarias y todo lo relacionado a las reuniones y festejos comunitarios. El capítulo tercero desarrolla la historia del proceso del pasaje femenino de la vida privada (doméstica) a la vida pública comunitaria, particularmente la religiosa, visualizando la tarea de las esposas de los pastores, la de quienes integraban las asociaciones y ligas femeninas sobre costumbres y los roles educativos que complementaban el rol de la escuela.

Como un ejemplo concreto de esta historia, el capitulo quinto analiza la vida y obra de Eluned Morgan y Mair Davies. Se preguintw si fueron mujeres excepcionales y su respuesta es matizada. Sin duda fueron pioneras cada una en su tiempo, pero fueron seguidas y en cierto modo en muchos aspectos imitadas por las demás, es decir fueron modelos como figuras prominentes. La reconstrucción de la vida y obra de Morgan (1879-1938) se basa en sus libros, escritos y parte de su correspondencia y en los escritos de su padre, que fue uno de los pioneros de la colonia. Para la historia de Davies se basa en sus Memorias (publicadas en 2012) y en testimonios orales de ella misma y de personas que la conocieron y en periódicos chubutenses.

Con respecto a este trabajo, es oportuno transcribir lo que la autora dice respecto a este trabajo y a la elección de ambas que, aunque vivieron circunstancias epocales distintas, tienen mucho en común:

> "Como hemos señalado anteriormente, si bien ya hace cuatro décadas que comenzaron los estudios migratorios que en la actualidad han alcanzado gran difusión, recién en los últimos años se ha tratado de mostrar la invisibilidad de las mujeres en ese proceso en el que las historias de vida y las tradiciones contribuyeron a la reimaginación de las identidades de género. Las experiencias vividas por estas dos mujeres, tanto en la Patagonia como en sus países de origen, permiten conocer algunos que completan la historia de la inmigración y ponen en diálogo la compleja relación entre género e inmigración" (pp. 147-148)

El capítulo quinto y último trata la historia profesional de las galesas patagónicas, analizando en primer lugar su papel en la educación, recordando a las maestras pioneras en la colonia, en el siglo XIX Annie

Jones y Annie Thomas, y la organización de escuelas comunitarias; ya en el siglo XX recuerda a Luned Roberts de González Directora de la Escuela Intermedia (c. 1963) y Gueneria Davies (fallecida en 2018. Otra de las áreas laborales en que destacaron las galesas chubutenses es la enfermería, las que estudiaron y las que ejercieron y ejercen en el Hospital Británico de Buenos Aires.

Finalmente, las páginas del Epílogo resumen lo tratado. Merecen transcribirse dos párrafos personales de la autores, uno al comienzo y el otro al final:

> "Durante la recolección y la elaboración de datos tuvimos un contacto directo con la situación femenina, sus intereses y sus penas. A partir de esta instancia, hemos tratado de profundizar en las representaciones que las mujeres tenían de sí mismas, a la v e que en el modo en que eran percibidas por sus padres y esposos., A través de años de trabajo, estudiamos las tensiones existentes entre lo que ellas eran, lo que deseaban ser y lo que la sociedad esperaba que fueran, teniendo en cuenta que, como hemos pretendido exponer a lo largo de estas páginas, las mujeres estuvieron insertas en una sociedad patriarcal estimulada por los postulados de las denominaciones 'no conformistas' protestantes" (p. 229).

> "En definitiva, en nuestra investigación hemos podido constatar que, si bien a través de un proceso muy lento, las galesas patagónicas lograron su emancipación, su propio sustento y reconocimiento social, aunque no va a ser hasta después de la celebración del Centenario de la Colonia(1965) cuando se acepte plenamente la autonomía femenina dentro de la familia y de la sociedad" (p. 239).

La obra se completa con varios anexos: Apéndice Cartográfico documental, Fuentes y bibliografía, Bibliografía General y Bibliografía Específica

* * *

Graziela Rinaldi Da Rosa et alii (Org.) *Vozes do campo: ensino, pesquisa e extensão em tempo de pandemia*, Rio Grande, RS, Ed. da FURG, 2023, 265 pp. Recurso Eletrônico

Estamos ante un interesante libro que recoge experiencias de trabajo durante la pandemia, pero de un área muy poco transitada en los estudios más difundidos: se trata de labores del campo, cuidado de la naturaleza, de los animales, de la producción, pero también y sobre todo, de la vida humana y sus relaciones amigables con el ambiente. Como dice la autora del Prefacio, Profa. Dra. Vania Grim Thies, se trata de un texto con el mismo título de un programa radial que le dio origen, sobre la conservación y transmisión de los conocimientos sobre el campo a través de generaciones de comunidades, que aparecen como una alternativa, otro mundo posible a lo que estamos habituados a ver. El libro, nos aclara, expresa en forma divulgativa los contenidos académicos de la Licenciatura en Educación del campo de la Universidad Federal de Río Grande, Campus de San Lorenzo del Sur. Escuchar la radio, nos dice la Dra. Grim, es una práctica habitual de las comunidades campesinas, es su mayor y mejor contacto con el mundo más alejado, les aporta comentarios, noticias. Esta obra, sobre esa base, va por su tercera edición, lo que es signo claro de su éxito en tres aspectos: en primer lugar la formación docente y las prácticas educativas, la divulgación de los saberes y las acciones sociales, con sus diversidades, y tercero, la investigaciones realizadas en la universidad sobre las prácticas agroecológicas.

Los 21 trabajos editados se nuclean en cuatro ejes temáticos presentan los siguientes asuntos concretos.

1. Formación docente, alternancia y prácticas educativas

-Voces del campo, de las aguas, florestas y ciudades en la construcción de un libro interactivo digital (Graziela Rinaldi da Rosa, Jaqueline de Souza Silva, Jara Lourenço da Fontoura, Patrícia B. Lovatto, Tanja Raquel Funk).

- Rondas de estudios sobre Paulo Freire: constituyendo espacios de diálogo amoroso y solidario desde la universidad pública (Aline Cristina Mello Til, Ana Paula Grellert, Daiana da Silva Oliveira, Naytiara Souza Evaldt).

- Relato de experiencias en educación del campo: la pasantía docente fuera de los muros de la escuela (Taís Mendes Alves, Eduardo Antunes Dias).

- Fitoprotectores botánicos: tecnología social para la enseñanza de las ciencias de la naturaleza y agrarias en la educación del campo (Patrícia B. Lovatto, Chaiane Signorine, Calisc de Oliveira Techa, Carine Bunde, Lavínia Holtz).

- Universidad, educación popular y la extensión en tiempos de pandemia (Ronaldo Augusto Gomes da Silva, Graziela Rinaldi da Rosa, Luana Bunde, Lívia Accioly Menezes da Silva).

- Alternancia, formación docente y prácticas educativas escolares y comunitarias (Luana Bunde, Graziela Rinaldi da Rosa).

2. Diversidad, género y movimientos sociales

- El Movimiento de mujeres negras (MENE): lucha, resistencia y arte (Maria Escarlate Pereira, Juliana Soares).

- Mujeres de pueblos tradicionales, género y diversidad en las ondas do radio (Graziela Rinaldi da Rosa, Léia Beatriz Sell, Gabriela Schmalfuss Borges, Adriana da Silva Ferreira).

- Rondas de lectura y resistencia: vivencias del projeto “kilombo literario” (Adriana da Silva Ferreira, Carina Santana Ferreira, Deise Vieira Alves, Desiree Fripp dos Santos, Michaella Sant’Anna, Laércio da Silva Nebel, Ornesina Sant’Anna, Rodrigo da Rosa Pereira).
- Las mujeres del campo van a la universidad (Tatiana da Silva Bandeira, Graziela Rinaldi da Rosa).

3. Investigaciones desarrolladas en LEDOC/FURG

- Plantas alimenticias no convencionales (PANC): alimentos del campo, de las ciudades y de las agroecologías (Jaqueline Durigon, Léia Beatriz Sell).
- Crianza de gallinas coloniales, una experiencia de mejoramiento en Morro Redondo//RS (Eduardo Antunes Dias, Solange Cruz, Murilo Cruz).
- Ovinocultura regenerativa practicada en la Cabanha Pitanga Preta de San Lorenzo del Sud /RD (Eduardo Antunes Dias, Daniella Burattini, Lorena Konzgen).
- Los insectos en nuestra vida: reflexiones para un abordaje agroecológico (Patrícia B. Lovatto, Tanja Raquel Funk, Taís Mendes Alves, Natasha Koyama de Moraes, Andriele Teixeira da Silva, Nilo Schiavon, Darlan B. Schmalfuss, Letícia Hellwig).

4. El arte del bue vivir: resistir, luchar y esperanzarse diferentes contextos

- La ganancia arruina la tierra y el abandono de la tierra arruina los corazones (Solange Elizabete Rosa de Oliveira).
- Jaime José Zitkoski, Sérgio Educación ambiental y cambios culturales: algunas pautas para construir nuestro futuro a partir de la “casa común” (Trombetta).
- Valores humanos en el despertar de la consciencia individual, social y planetaria (Tereza Cristina Thomaz Farias).

- Un panorama sobre el cuidado responsable de animales en la ciudad de San Lorenzo del Sud /RS (Eduardo Antunes Dias, Catiane Strider Weber).
- El ecomunitarismo y el campo (Sirio López Velasco).
- Varias formas de despertar el buen vivir: alimentos para el cuerpo y el alma (Eliane Renata Steuck).
- Memorias sobre arte, educación ambiental y espiritualidad de la naturaleza (Cleusa Helena Guaita Peralta Castell).

Como se puede apreciar por este rápida nómina temática, el libro puede ser le{ido de corrido, ya que tiene una unidad general comprehensiva, también pude ser leído por secciones o por capítulos, incluso seleccionados de acuerdo al interés del lector. Además de una sección dedicada a reseñar el *curriculum* de los autores, el libro contiene recetas fitoterapéuticas, links de acceso a más información y otros recursos enriquecedores. En suma, una obra que merece ser leída.

Celina A. Lértora Mendoza